

Steno desde que era querida de Maitland, en vez de los cigarrillos rusos, á los que Gorka la había acostumbrado. En estos insignificantes detalles se conoce á las mujeres que aman con pasión profunda, insaciablemente sensual, la única de que era capaz la veneciana. Su apasionada necesidad de entregarse siempre, las hace que adquieran las más insignificantes costumbres del hombre á quien aman. Así se explican esos cambios de gustos, de ideas, hasta de apariencia, tan totales, que á los seis meses, á los tres meses de ausencia, son otra persona. Junto á este gracioso fantasma, Lincoln Maitland estaba sentado en una silla demasiado baja para que se pudiera juzgar de su estatura. Pero sus anchas espaldas atestiguaban que antes de haber estudiado el arte—¡el arte! era menester oír pronunciar esta palabra al americano—y hasta mientras le estudiaba, no había cesado de practicar los *sports* más atléticos de su educación inglesa. Su rostro era algo rojo, en efecto; su bigote rubio descubría sus blancos y fuertes dientes. Muchas sortijas brillaban en sus manos. En fin, era el tipo completamente contrario al de Boleslas Gorka. Si el nieto de los Castellans poloneses recordaba la peligrosa ternura de una pequeña y linda pantera, Maitland podía ser comparado á algún brutal y tremendo moloso, á uno de los perros de la leyenda, de una quijada y de una musculatura bastante fuertes para estrangular leones. El pintor no aparecía en él más que en sus ojos y en sus manos, por consecuencia de un don tan físico como la conformación de la laringe de un tenor. Pero este instinto casi anormal había sido desarrollado, cultivado, y secundado con esa energía de voluntad para el refinamiento, rasgo característico de los anglosajones

del Nuevo Mundo cuando se apasionan por Europa en lugar de aborrecerla. En el momento actual, ese deseo de refinamiento parecía reducido á la aspiración apasionada de aquella divina rosa de amor, como la señora Steno era, rosa demasiado abierta, y que el otoño de los cuarenta años comenzaría á ajar pronto. ¡Pero qué deliciosa estaba aún, y qué poco parecía cuidarse Maitland de que su mujer estuviese en la habitación cercana, cuyas ventanas proyectaban una claridad que hacía resaltar más la sombra de la voluptuosa terraza! Tenía en la suya la mano de su querida, que abandonó al ver á Dorsenne. Tuvo éste gran cuidado de tirar bastante brutalmente una silla al aproximarse al grupo, y decir en voz alta con alegre risa:

—Hubiera hecho un mal abate galante del último siglo, pues por la noche nada veo. Si su cigarrillo de usted no me hubiera servido de faro, Condesa, hubiera ido derecho á dar en la balaustrada.

—¡Ah! ¡Es usted, Dorsenne!—respondió la señora Steno con una sequedad que desmentía demasiado su amabilidad natural, para que el novelista no dedujera de ella: primero, que desempeñaba el papel de *terzo incomodo* de las comedias clásicas; segundo, que Hafner había contado sus frases de la víspera.

— Tanto peor—pensó.—Yo la hubiera prevenido.

Mientras pensaba esto, hablaba en alta voz de la temperatura del día, de la probabilidad de la del día siguiente, del buen humor de Ardea, lo preciso para hacer tiempo y alejarse de la terraza, sin que su discreción tuviese ese apresuramiento tan desagradable como la insistencia.

—¿Cuándo podremos ver el retrato concluído en su

estudio, Maitland?—preguntó, continuando de pie para apresurar su marcha.

—¡Concluído!—exclamó la Condesa, que añadió, sirviéndose de un diminutivo que daba á su amigo desde las últimas semanas:—¿No sabe usted que Linco ha borrado de nuevo toda la cabeza?

—Toda la cabeza, no—dijo el pintor,—pero el perfil hay que rehacerle. Recuerde usted, Dorsenne, esos dos cuadros de Pier de la Francesca, que están en Florencia; el duque Federico de Urbino y su mujer Battista Sforza. ¿No los ha visto usted en la misma sala que la *Calunnia*, de Botticelli, con un paisaje en el fondo? ¡Eso es dibujar, y eso es lo que busco, esa línea precisa, ese perfil soberbio! Ese pintor, Fra Carnavale y Melozzo, son los mejores de Italia.

—¿Y Ticiano? ¿Y Rafael?—interrumpió la señora Steno.

—¿Y los Siennois? ¿Y los Lorenzetti, de los que estaba usted apasionado en otro tiempo? Usted me lo ha escrito á propósito de mi artículo sobre vuestra exposición del 86; ¿no recuerda usted?—continuó el escritor.

—¡Rafael!—replicó Maitland.—¿Quiere usted que le diga lo que en el fondo era Rafael? Un negociante sublime. ¿Y Ticiano? Un sublime tapicero. Verdad es que los Siennois me han gustado mucho—añadió, volviéndose á Dorsenne,—y he pasado tres meses copiando el Simón Martini del municipio, ese Guido Riccio que cabalga entre dos plazas fuertes, en un erial gris donde no hay un árbol ni una casa. ¡También me gustó ese Lorenzetti! Sobre todo el fresco de San Francisco, en el que el santo presenta su orden al Papa. Es lo que más vale. Hay un Cardenal que lleva el dedo á su

boca.....que es una maravilla. Pero comparado con Pier de la Francesca, Carnavale, Melozzo.....—y se detuvo para buscar una palabra que resumiera la complicada idea que se agitaba en su cerebro.—¡Eso es pintar!—concluyó.

—Sin embargo, la *Assunta* de Ticiano y la *Transfiguración* de Rafael.....—dijo la Condesa, que añadió en italiano con acento de entusiasmo: ¡Ah! ¡che bellezza!

—No se canse usted, Condesa—dijo Dorsenne riendo.—Son opiniones de artistas. Aquí donde usted me ve, hace diez años he dicho que Víctor Hugo era un aficionado, y Alfredo de Musset un burgués.....Y ahora, como yo no descendo de ningún Dux, ni de los *Pilgrim Fathers* y soy un pobre galorromano degenerado, tengo miedo de que la humedad me haga daño para el reuma, y le pido á usted permiso para retirarme.

Después, mientras salía, murmuraba:

—¡Rafael un negociante! ¡Ticiano un tapicero! ¡Y la Duxesa que escucha eso seriamente: ella, cuyo ideal debe ser una buena madona al cromol! ¡Esto es de primer orden! Respecto á Gorka, si no me hubiera hecho perder toda la mañana de ayer, creería haber soñado; tan poco se ocupan de él. Ardea continúa lo mismo. No está mal para un italiano, pero va á caer en el mal gusto de hablar demasiado.

En efecto, al dirigirse hacia el grupo reunido en el ángulo del salón, oyó al Príncipe contar una anécdota de aquel caballero Fossati á quien se había encomendado la venta.

—¿Cuánto piensa usted ganar por todo?—he concluído por preguntarle.—¡Oh! poca cosa—me ha respondido.

—Pero muchos pocos hacen mucho.—¡Y con qué aire ha añadido: *E già il moschino è conte*, y ya el mosquito es Conde! Este mosquito era él. Se le llamaba así cuando desempeñaba el oficio de chalán en las calles de Ombrie. Algunas ventas como la de usted, Príncipe, y mi hijo tiene el medio millón, y entra en el club, y le tutea á usted, mientras juega con usted al golfo..... Palabra de honor, que jamás me he divertido tanto como desde que no tengo un cuarto.

—Es que usted es optimista, Príncipe—dijo Hafner, —y aunque otra cosa pretenda nuestro amigo Dorsenne, aquí presente, es preciso serlo.

—¿Va usted á atacarle aún, padre mío?—interrumpió Fanny con un tono de respetuoso reproche.

—No—respondió el Barón,—á él no, pero sí á sus ideas.—Sí, sí—insistió, fuese que quisiera desviar la conversación que Ardea se obstinaba en llevar á su ruina, sea que, encontrando bien organizado un mundo donde es posible dar golpes como el del *Crédito Austro-Dálmate*, sintiese realmente aversión profunda por la melancolía y el pesimismo, por otra parte algo fingido, de que las obras de Julián estaban impregnadas. Y añadió:

—Escuchándole á usted, Ardea, y viendo aproximarse á ese gran escritor, pensé por contraste en ese modo que se tiene hoy de ver la vida por su lado más negro.

—¿La encuentra usted muy alegre?—preguntó bruscamente Alba.

—Bien—respondió Hafner.—Estaba seguro de que clamando contra el pesimismo haría hablar á la Condesita ¿Muy alegre? No—añadió;—pero cuando pienso

en las desgracias que hubieran podido caer sobre todos los que estamos aquí, por ejemplo, la hallo muy tolerable. Figúrense ustedes nada más que hubiéramos nacido en otra época. ¿No se ve usted, Condesita, hace ciento cincuenta años, en Venecia, expuesta á ser detenida diariamente por una denuncia al Consejo de los Diez? ¿Y usted, Dorsenne, expuesto á ser apaleado como Voltaire? ¿Y el Príncipe Ardea con riesgo de ser asesinado ó despojado á cada cambio de Papa? ¿Y yo mismo, en mi calidad de protestante, cazado en Francia, perseguido en Austria, molestado en Italia, quemado en España?

Se detuvo para no mencionar lo que hubiera podido ser la señora Maitland antes de la supresión de la esclavitud. Sabía que aquella lindísima y elegante mujer participaba de los peores principios de sus compatriotas americanos sobre la sangre negra, y que procuraba ocultar aquella tacha de origen hasta el punto de no quitarse nunca los guantes. Justo es añadir que apenas si el matiz ligeramento dorado de su tez, sus cabellos un poco crespos y un vago reflejo azulado en el blanco de sus ojos, podían revelar la mezcla de la raza. No pareció ella comprender el silencio del Barón, y arregló con aire distraído los pliegues de su traje, mientras Dorsenne replicaba:

—Es un razonamiento bueno y especioso. El único inconveniente es que carece de sentido, pues yo le desafié á usted á que imagine lo que hubiera sido en esa época de que habla. Siempre se dice: «si yo hubiera vivido hace cien años,» olvidándose de que hace cien años no se hubiera sido el mismo, ni se tendrían las mismas ideas ni los mismos gustos, ni idénticas necesi-

dades. Es igual que si tuviera usted la pretensión de imaginar lo que pensaría usted siendo pájaro ó serpiente.

—Siempre se puede imaginar eso, como lo que sería uno, de no haber nacido—interrumpió Alba Steno.



Había dicho la frase de tan extraña manera que la discusión cayó de golpe. Las palabras demasiado sentidas producen ese efecto en las conversaciones ociosas. Y aun cuando hay siempre algo de paradoja en condenar la existencia en un marco de lujo y cuando no se tienen más que veinte años, la Condesita había hablado con sinceridad. ¿De dónde venía ésta? ¿De qué rincón de su joven corazón herido y ulcerado? El único que se hizo esta pregunta fué Dorsenne, pues la con-

versación se reanudó, y Lidia Maitland, señalando con su abanico el puño de Alba, la preguntó con una ironía encantadora, después de la frase de la joven:

—Es muselina de seda, ¿no es verdad?

—Sí—respondió la Condesita, que se levantó y tendió á su vecina el brazo, delgado, nervioso, al través de la transparencia de la roja tela que una cinta del mismo color anudaba á sus hombros y su puño.

Ardea, junto á Fanny, decía á ésta, más bella que nunca aquella noche, un poco rosada por algún secreto interés:

—¿Ha visitado usted mi palacio ayer, señorita?

—No—repondió ella.

—Pregúntele usted por qué, Príncipe—dijo Hafner.

—¡Padre mío!—dijo Fanny, con una mirada de súplica, á la que Ardea tuvo la delicadeza de obedecer, y añadió:

—¡Es una lástima! Todo es allí muy ordinario, pero la capilla le hubiera interesado á usted. En el fondo, lo que más siento es la pérdida de esos objetos ante los que han rezado los míos tanto tiempo y que hacen números de un catálogo. ¡Hasta el relicario de Ugolino de Sena! Rescataré todo cuanto pueda. Su padre de usted alaba mi valor. Creo que no habré de separarme de aquellos objetos sin un verdadero disgusto.

—Ese es el sentimiento que ella experimenta por todo el palacio—dijo el Barón.

—¡Padre mío!—interrumpió de nuevo Fanny.

—Vamos. Tranquilízate. No te haré traición—respondió Hafner, mientras Alba, aprovechándose de que estaba en pie, salía del grupo de los habladores. Dirigióse hacia una mesa colocada en el otro extremo de la